



## LAS «OPILLAS» TIENEN UN HUEVO MUY COLORADO

RICARDO SALABERRIA

Hace años que Paitto marchó de su villa natal, Rentería, al extranjero. Actualmente, vive y trabaja en una preciosa y aséptica ciudad suiza. Paitto es un ser esponjoso y, por ello, se ha extranjerizado de tal forma, que atiende mejor, como los perros dóciles, cuando se le llama: Franz. (Herr Franz, Señor Francisco), Paitto, para los del pueblo.

Hace poco volvió a su «txoko», de vacaciones. A pesar de lo tacaño que siempre ha sido, me trajo dos regalos desde Suiza: un sombrero tirolés, comprado en Berna, que, agradecido, no pienso vestirmelo jamás, (¿qué pinto yo, paseándome por Rentería con semejante sombrerito?), y también, un reloj de cuco. (Así como yo, nunca ha sido original para hacer regalos).

Por mi parte, todo hay que decirlo, le reservaba dos obsequios especiales para su llegada: una caja de puros «farias», auténticos, de Logroño. (Paitto, cuando los vio, puso los ojos en blanco y me confesó que eran «los Davidoff del proletario». Ya se sabe que en esto, como en todo, se dicen muchas tonterías). También, le regalé una «opilla de San Marcos», que la conservé en el congelador hasta su venida. Y es que, Paitto no conoció a su madrina y se emocionó al ver la «opilla» con su huevo colorado.

Al día siguiente de su llegada, Paitto, bajó de casa de su hermana y se sumó a un nutrido grupo de chiquiteros que, para bien o para mal, siguen con esa inveterada costumbre del chiquito y parlamento. Paitto comprobó que no faltaba casi nadie. A excepción de los

muerdos y los enfermos, los grupos de los chiquiteros siguen siendo uniformes y monolíticos. También, se mantienen imperturbables las rondas establecidas de bares. Así se forman las sendas.

Al segundo o tercer chiquito, Paitto, que en su adoptiva Suiza, apenas bebe alcohol, entre otras cosas porque está muy caro, empezó a hablar sin freno. Como dicen los que saben: «se puso eléctrico». Y este momento siempre ha sido peligroso, porque el hombre es irrefrenable en su conversación; o empieza a explicarnos con los mínimos detalles cómo funciona la sociedad suiza, o inicia un bombardeo de preguntas interesadas sobre la actualidad renteriana, que él vive de pasada. En esta ocasión se decantó por el bombardeo. Y...

—«¿Qué me contáis de Rentería y de los renterianos?»

—«¡Vaya! ¡Paitto! No hay mucho que contarte, que no sepas. Estamos en el mundo. Si en el mundo pintan bastos, en Rentería también; y si pintan copas..., aquí, alguna más. Estamos, sin embargo, en un momento interesante. La gente ha comprobado que el reclamo de la industria y de la economía, por el que vinieron cantidad de avecillas a vivir en nidos pequeños y apelotonados, sin arboledas, ha sido una trampa.—“¿Ahora qué hacemos? ¿Cómo arreglamos este caos?”—nos preguntamos. Y hemos empezado por nosotros mismos: fomentando aficiones, estudios, trabajos artesanales,... y por nuestro entorno: dibujando y cuidando nuevos jardines y paseos, pintando y limpiando fachadas; arreglando, en lo se que pueda, esta masa de cemento y ladrillos. Rentería es una buena tesis para un sociólogo o un economista. Para nosotros es un nuevo reto».

—«¡Menuda! Te has puesto muy serio. ¡Alegria! ¡Saca doce tintos!», exclamó Paitto e inmediatamente preguntó:—«¿Siguen las “gau-pasas”? ¿Hacéis juergas nocturnas, como en mi tiempo?».

—«¡Oye, Paitto! Aquí, se madruga y se trabaja. El que tiene trabajo... Los parados no están para bacanales. La gente se despendola las noches de los viernes y sábados. Esas dos noches el pueblo se empeña en cumplir la promesa de que no morirá de hambre y engulle miles de cenas, bien regadas, por si acaso. No sea que lleguen los años malos. Las “gau-pasas” han quedado para las “Madalenas”, Navidades y algunos festivos especiales. A pesar de los ecologistas, quedan pocos “gau-txoris”».

—«¡Oye! Y ¿ya salen tripulaciones de remeros de Rentería?».

—«¡Uff! Hace años que no se forman traineras en Rentería. Eso no quiere decir que no haya remeros, nacidos en Rentería, remando con alguna tripulación de algún pueblo vecino. Pero, Rentería, está cada vez más alejada del mar. Ahora, si queremos ver las olas y la bocana del puerto, tenemos que enseñar el carnet de identidad y firmar en un libro, como si tuviéramos una frontera en el límite de la ría. Esos enormes muelles del Puerto de Pasajes han taponado nuestra salida al mar».

—«Y, ¿qué me contáis del ambiente musical?»

—«¡Hombre!, ya sabes que tras la aparición, hace años, de unas grandes figuras de la interpretación musical, aquí sufrimos un bache preocupante. Sin embargo, ahora vivimos un auge esplendoroso. Contamos con un Conservatorio local donde la gente joven se apresta a aprender a tocar distintos instrumentos. Serán los futuros músicos, que nutrirán las orquestas el día de mañana. Luego, está la fenomenal Coral “Andra Mari”, con sus coros, sus iniciativas, sus organizaciones: Musikaste, Eresbil,... etc, que dan un tono sobresaliente al ambiente musical. Tampoco faltan, como es tradicional, elementos renterianos que cantan en coros de Donostia: Easo, Orfeón Donostiarra,... Siguen con la afición por todo el mundo».

—«¡Qué bien!», exclamó Paitto.

En aquel momento, con la euforia producida por el octavo chiquito, Paitto entonó el «Goiko Mendiyan». Los chiquiteros, todos a una, fueron acomodándose a las armonías de la canción, cada uno con su voz. Los clientes del bar, olvidándose de sus conversaciones, escuchaban sonrientes. Luego, cantamos estentóreamente, el «Jeiki Jeiki». Los ojos de Paitto se humedecieron.

El había comentado, más de una vez, que esta unión fraterna de los hombres en el canto común, le transportaba a los orígenes de la

Humanidad. Cuando el hombre, solitario, asustado, se unió a otros hombres para formar una sociedad y ayudarse mutuamente. Al anochecer, satisfechos tras comer lo que habían cazado, y mientras miraban el horizonte enrojecido y la luna llena, que se iluminaba despacio, iniciaban un canto gutural, triste y monótono.

Una vez, contaba Paitto, en Tordesillas, en una noche estrellada de verano, estubo horas enteras haciendo el «roncón»—imitación del sonido de un cuerno de caza, grave—, acompañando las coplas sentimentales que cantaba un cántabro, amigo suyo. Dice que terminaron abrazados, conmovidos por emociones ancestrales, confirmando la unión entre cántabros y bascones. Luego, se enfadaron con un vizcaino que, horro de sentimientos artísticos, se reía de ellos.

Seguimos la ronda y Paitto se puso un poco pesado con sus insistentes preguntas. Parecía un periodista trabajando en un artículo de ensayo.

Inquirió sobre los olores de la ría y su arreglo; sobre quiénes podían ser los marranos que ensuciaban todas las paredes, sin respetar ni siquiera las de las iglesias; sobre los vecinos renterianos «emigrantes» a Oiartzun y Hondarribia; sobre la muchedumbre de jubilados, anticipados y de pleno derecho, que llenan los paseos de las periferias de las poblaciones y que, entre ida y vuelta, se torran con el sol y el viento, adquiriendo un tinte de veranenates, con una salud de hierro; sobre si pescaban angulas en el puente «de las monjas»...

Con tanta cháchara entre unos y otros, el núcleo de chiquiteros se fue agrietando, quedando diseminados en grupitos de dos y tres. De pronto, cuando pasábamos por la esquina de Mendarte, nos salieron de un portal oscuro cuatro jóvenes, vestidos con cazadoras y pantalones negros y sucios, cerrándonos el paso. uno de ellos, el cabecilla, sacando una navaja nos amenazó, exigiéndonos el dinero, las cadenas y los relojes que llevábamos encima. Los otros tres compinches, dando saltitos nerviosos, nos achuchaban diciéndonos: «¡Venza. rápido! ¡Soltad lo que llevéis...!»

Nosotros quedamos petrificados, inmóviles. En un santiamén, Paitto, metiendo la mano en el interior de su zamarra, sacó un martillo, y visto y no visto, arreo un martillazo en la cabeza al navajero. Este cayó fulminado, como un toro con la puntilla. Los compinches, atónitos, recogieron del suelo al herido y lo arrastraron hasta un automóvil cercano, que les cubría la acción, mientras gritaban: —«¡Lo ha matado, lo ha matado...!»). Huyeron como si hubieran visto a Satanás. Paitto, por su parte, con el martillo en la mano, desafiante y mirando al coche que salía de estampida, gritaba:—«¡Chorizos, drogotas! ¡Comemierdas! ¡No voy a parar hasta abriros la cabeza a todos! ¡Sinvergüenzas!»—.

Nosotros, asustados, cuando pudimos reaccionar, preguntamos a Paitto desde cuándo iba armado con un martillo y de dónde sacó fuerzas para comportarse como un energúmeno, él, que se mostraba tan sensible y tan artista en otros momentos. Entonces, nos contó una historia espeluznante, sufrida por él, en un pasadizo del Metro de Madrid, donde una cuadrilla de ladrones y macarras, tras golpearle y robarle, y cuando se encontraba tirado por los suelos, le orinaron encima. Nadie de los que pasaban le ayudó. Nadie se aprestó a defenderle.

Ese día se sintió tan maltratado, tan humillado, tan indefenso, que decidió procurarse un eficaz arma de ataque y defensa. Además, él, Paitto, quería introducir, simbólicamente, en las cabezas de algunos piratas, a martillazos, las ideas de convivencia que los padres, los educadores (si los tuvieron) y la sociedad no lo habían conseguido. Decía que era una labor «educativa», aunque salvaje. Martillazo y tentetieso. ¡Vaya con Paitto! Se nos avinagraron los vinos con el susto, y a Paitto le empezamos a mirar con un poco de recelo.

Pero, yo, ¿qué quieren que les diga?, estoy un tanto sorprendido. Porque, ¿no han visto ustedes la cantidad de personas que se encasquetan unos herméticos y vistosos cascos de colores? ¿Por qué? ¿Por las motos y coches?

Los cascos y las chichoneras están de moda. ¿Tendrá la culpa Paitto?